

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.



LOS DOS AMIGOS.

NOVELA ORIGINAL.

«Espérame hasta las doce, me es imposible despachar antes mis asuntos.—Tu Adolfo.»

Le esperaré, dijo Enrique al concluir de leer esta carta que su criado le acababa de entregar, y se sentó á escribir delante de su bufete.

Era Enrique un jóven de 19 años, la naturaleza habia derramado en él todos los dones de la hermosura, sus ojos espresaban una vivacidad sin límites, y su talento privilegiado le conquistaba el aprecio de cuantos le conocian. Adolfo contaba 18 años, su hermoso semblante pálido, sus ojos que espresaban un abatimiento melancólico, su larga cabellera caída negligentemente sobre sus hombros, todo indicaba que padecía y que los dolores se habian apoderado de su alma en la bella edad de las ilusiones, en la primavera de su vida; querido de cuantos lo rodeaban eran de admirar en él sus ideas melancólicas y profundas y la brillantéz de sus pensamientos.

Unidos por los lazos de la amistad Enrique y Adolfo parecian dos tiernos árboles que se abrazan para prestarse mutuamente el jugo de sus venas y crecer siempre unidos.

Los padres de Enrique le habian dado una educacion esmerada, y él por su parte habia correspondido á sus desvelos, Adolfo no tenia padres, un caballero de quien nunca supo mas que el nombre, era el encargado de su educacion, cuanto necesitaba es-

taba pronto, jamás le habia negado cosa alguna; pero mas de una vez habia pasado muchas horas meditando sobre su nacimiento, y aunque despreciaba las preocupaciones queria saber á quien debia su existencia, y siempre su existencia fué un arcano para él: no habia visto desde su mas tierna infancia mas personas que lo rodeáran de continuo que aquel caballero, á quien amaba y de quien escuchaba algunas veces el dulce nombre de hijo; en su niñez le habia dado un consejo que era tal vez el que le habia padecer, y cuando cumpliera 19 años se le debia revelar la razon de aquel consejo y el nombre y la historia de sus padres.

Unidos Enrique y Adolfo hacia dos años por los vínculos de la amistad, no se habian separado ni un solo dia, y se adoraban con el cariño de hermanos: siempre juntos en las tertulias y paseos era imposible ver al uno sin el otro, y tenian unos mismos deseos, unas mismas inclinaciones, los mismos estudios que emprendia Enrique eran seguidos por Adolfo, y siempre sus adelantos eran rápidos é iguales en uno y otro; en sus amores siempre era Enrique el primero en adorar; pero bastaba que se hubiese inclinado una vez á una mujer para que Adolfo la amara tambien y se consagrara á ella; siempre triste y melancólico cuando Enrique estaba enamorado no se veia brillar la alegria en su semblante hasta que le hacia abandonar sus amores y dedicarse unicamente á su amistad; Enrique lo conocia y procuraba ser indiferente á los atractivos de la hermosura por no ver padecer á su amigo.—Adolfo, le decia muchas veces, piensas que te robo alguna parte de la amistad que te tengo con amar á una mujer?—Sí, le contestaba su amigo con delirio, un solo pensamiento, un instante no mas que le consagres es bastante para hacerme padecer ¿necesitas algo mas que mi amistad para ser feliz? ¿no ves yo que dichoso soy? en el momento en que amas á una mujer necesito yo tambien amarla, porque ella seria una barrera entre nosotros, y una barrera insuperable... no ames hasta

que yo haya cumplido 19 años; y aunque Enrique se reía de esta petición le aseguraba siempre que lo haría por no verlo sufrir: unidos así eran dichosos con su amistad; pero las pasiones no siempre pueden reprimirse cuando queremos sujetarlas, y sin saber como se desbordan y nos precipitan.

Concurrian los dos amigos á una tertulia de confianza, en la que pasaban algunas horas de la noche. Adolfo siempre al lado de Enrique parecia su sombra que lo seguia por todas partes; pero nada bastaba; Matilde, la perla de la ciudad, el encanto de cuantos la conocian, la jóven que por sus talentos y hermosura se habia conquistado el renombre de *divina*, Matilde, la que cercada de mil adoradores jamás sintió palpar su corazón, adoraba ciegamente á Enrique, y sus ojos á su pesar le demostraban que no le era indiferente; tambien Enrique habia sentido nacer en su alma una pasión que le era desconocida, y cuando miraba á Matilde y veía sus ojos fijos en su semblante, su estremecimiento involuntario agitaba sus miembros, y rodaban por su imaginación mil ideas de amor y felicidad, de penas y sufrimientos.—¿Tendrá mas poder en mí, se decía á sí mismo, esta pasión que la amistad de Adolfo? y dirigiendo una mirada á su amigo sonreía á aquella idea que lo devoraba, como diciendo es imposible.

Los días pasaban y aquel amor iba creciendo: los días volaban y aquel amor habia echado hondas raíces en sus tiernos corazones; pero todavía ninguna palabra de amor, ninguna promesa habia calmado su ansiedad, que debia luego desbordarse y atropellar cuanto encontrara en su camino.

Adolfo habia conocido la inclinación de Enrique; pero no le habia hablado aun de las sospechas que abrigaba: queria saber si su amigo seria capaz de robarle un pensamiento, un instante.

Eran las seis de la tarde: habian vuelto de paseo los dos amigos y se separaron para reunirse á la hora de la tertulia. Adolfo llegó á su casa, y en el momento escribió una esquela concebida en estos términos, que mandó á su criado llevarse á Enrique: „Amigo mio: el hombre á quien amo mas en el mundo despues que á tí me ha dicho que me necesita por dos horas para arreglar unos papeles, ya ves que no puedo negarme, si te quieres venir trabajaremos juntos, y si á las nueve no has venido iré á buscarte á nuestra tertulia: tu Adolfo.” Enrique recibió esta carta y en el momento se dispuso á partir el trabajo con su amigo; pero reflexionando despues: esta noche no estoy con él, dijo, y puedo hablar con Matilde: este pensamiento dominó y á los pocos instantes estaba en la puerta de su casa. Abandonarlo, darle un disgusto si lo llegó á saber, se decía; pero una voz de ángel, dulce como los recuerdos de la infancia, una voz que mezclada con los acordes ecos del piano, entonaba una canción amorosa, la favorita de Enrique, la voz de Matilde en fin lo sacó de sus meditaciones, y á los pocos momentos ya estaba á su lado, la amistad habia desaparecido de su corazón que ardia como el crater de los volcanes: solo una pasión lo dominaba, viva, inextinguible, una llama voráz que no podia estar oculta por mas tiempo y que era preciso que inflamase

cuanto hubiera á su alrededor. Matilde correspondia á aquel delirio, y al escuchar que era adorada, su corazón rebotaba de júbilo y su alma se ensanchaba para dar cabida á tanto placer.—Siempre nos adoraremos, dijo Enrique,—siempre, contestó Matilde, y sus juramentos eran sostenidos por los sentimientos de su corazón.

Embriagados en su felicidad, adormidos con las puras ilusiones de los que aman por la vez primera, estaban sordos á cuantos objetos los rodeaban, y un solo pensamiento de felicidad dominaba en sus almas enlazadas ya para siempre.

Adolfo jamás hubiera creído que su amigo lo abandonase: así, á cada instante que pasaba veía desaparecer una parte de las esperanzas de toda su vida, porque no era amistad lo que profesaba á Enrique, era un delirio, una ciega idolatría: las nueve se dejaron oír en un reló: las nueve y no ha venido y tal vez ni se acuerda de mí, dijo Adolfo sollozando, y no ha querido partir los trabajos con su amigo, y lo ha despreciado como una cosa perdida.

A los pocos momentos habia penetrado en la habitación donde se encontraba su amigo, y donde debia recibir un desengaño que le habia de costar despues mas que lágrimas de sangre: al verlo al lado de Matilde embriagado en sus amores, y que ni aun habia reparado en su entrada, acababan de desvanecerse todas sus ideas de felicidad, y un horizonte oscuro, un porvenir de dolores, se representaba á su acalorada imaginación: su amigo lo ve por fin y se levanta estendiéndole la mano, que Adolfo estrechó fuertemente contra su corazón diciendo: ¡tal vez será la última!—¡la última! dijo su amigo, que en aquel momento comprendió todo, ¿y por qué ha de ser la última cuando Enrique es siempre el mismo? Los dos amigos hubieron de hablar largo rato, Enrique le aseguraba que aquel amor era un pasatiempo como todos los anteriores, y Adolfo hacia lo posible para convencerse de que era cierto, porque otra cosa era terrible para él.

A los pocos instantes sentado á el lado de Matilde la hablaba de su amor, su amigo la habia preferido á las demas, y era preciso que Adolfo la prefiriese tambien; mas no era Matilde de esas mujeres á quienes se alucina con palabras que no llegan al corazón, el suyo estaba ya verdaderamente ocupado y todo era inutil: Adolfo lo habia comprendido, y en las miradas de Enrique conocia una inquietud extraordinaria y hasta le parecia que tenia celos de que él se encontrase á su lado.

Habian pasado ocho días, días de desesperación para Adolfo, de esperanzas y de ilusiones para Enrique: Adolfo escondia sus pesares en lo mas oculto de su corazón: triste y sombrío cuando se encontraba solo lloraba amargamente, y una fiebre horrosa se habia apoderado de él.—Está enamorado de Matilde, se decía, la adora con todo su corazón, y escondiendo la cabeza entre sus manos se entregaba desesperado á la realidad de su suerte.

Sus sospechas no eran infundadas, su amigo amaba á aquella mujer con todo el amor de que es capaz el corazón humano.

Un mes habia trascurrido y Enrique no disimula-

ba ya su pasion, le era imposible esconderla, y Adolfo nada le decia, lloraba en secreto, pero siempre amigo, siempre su constante observador.

(Se concluirá.)

EL PENSAMIENTO.

Divina inspiracion, presta á mi mente grandioso objeto, que contemple ufana, y el fuego, que circunde hora mi frente corra por siglos mil á edad lejana.

Tiende tus alas sobre mí un momento, mi vida en cambio con placer te diera, concédeme propicia un pensamiento que eterno viva, cuando el orbe muera.

Vuele con los acentos de mi lira, como vuela de un Dios alto renombre; ¡dichoso es el mortal, que el cielo inspira! El mar surcando correrá su nombre.

Canta, dice, al sublime pensamiento la inspiracion desde elevada nube, y desciende del alto firmamento con el rápido vuelo de un querube.

¿Y ha de mover las cuerdas de mi lira quien dió principio á mis eternos males? ¡horror tan solo su memoria inspira! mártirio es el pensar de los mortales.

¿Por qué en la edad feliz que goza el hombre natura no le ofrece el pensamiento? Porque en su infancia el mundo no le asombre, y á la nada tornar quiera al momento.

O tal vez porque un alma necesita como él grandiosa, dó abrigarse pueda. Cuando uno mismo sobre sí medita, duja en el corazon siempre le queda.

El pensamiento vuela por los mares, gira también por la anchurosa esfera, sube del Dios inmenso á los altares, y á mas llegára, si mayor hubiera.

La edad pasada, que al olvido corre, la edad futura con su denso velo, audáz el pensamiento las recorre, nada sujeta su potente vuelo.

Artes, ciencias, del mundo los encantos, á él le deben su espléndido ecsistir: los siglos tienden sus oscuros mantos; pero una antorcha les hará lucir.

Grande y sublime el pensamiento es bello, el hombre en el pensar á Dios semeja, de la divinidad es un destello, que luciente en las almas se refleja.

Sin él, de nada la creacion del mundo á la gloria de Dios servido hubiera, el barro sin el soplo fuera inmundo ni al Creador, ni á sí mismo conociera.

Eterno es como Dios, siempre ha ecsistido puro y grandioso en su divina mente; la nada en ecsistencia ha convertido el sublime pensar de un ser potente.

Y si una religion consoladora

aun en la misma muerte nos dá vida, el pensamiento la recuerda en hora, que triste el hombre hasta su ser olvida.

Yo te bendigo como don del cielo, pensamiento sublime, tu grandioso la estrella pisa á la par que el suelo, cual del Apocalipsi el gran coloso.

Destruccion en los seres vá gravada, desde su infancia el hombre la respira, todo cual humo se hundirá en la nada; el pensamiento á eternidad aspira.

¿Sin tí qué fuera el inmortal Cervantes? Polvo de un hora, destruccion de un dia. Coloso ya se ostenta entre gigantes: gloria es contigo de la patria mia.

Cuando grave en eternos caractéres un grandioso y sublime pensamiento, la mansion abandone de los seres, tu voz ¡oh muerte! escucharé contento.

J. V. P.

MODAS DE PARIS.

PARA SEÑORAS.

Dos clases de vestidos son los mas en boga. El primero de raso verde, con reflejos blanquecinos, con listas longitudinales y abierto por delante, lleva dos enaguas; las del interior están guarnecidas con anchos faralaes de encaje de Alenson muy poco desviados uno de otro; las mangas apenas llegan á medio brazo, y los mangos ó *bertas* compuestos tambien de encaje de Aleson forman unas espirales vistosísimas. El segundo tambien de raso, pero de un color de rosa bajo, está abierto solamente por el pecho á lo largo del corpiño, que se prolonga hasta algo mas abajo de la cintura. Todo su delantero está guarnecido de galones de seda del mismo color, en cuyos extremos se ven colgando unas lindísimas borlitas; el mismo adorno se vé en las enaguas. Las mangas que están engalanadas con hombreras guarnecidas del mismo modo, y no muy ajustadas, terminan en unos puños doblado; muy anchos, cuyos bordes están tambien guarnecidos de la misma manera; y como son algo cortas, dan lugar á que otras manguitas de batista muy fina terminadas en un puñito de encaje de Alenson, realzen vistosamente esta nueva hechura de mangas.

ABANICOS.

En el dia el abanico está mas de moda que nunca lo ha estado. Es el indispensable accesorio, y por decirlo asi el remate de una elegante compostura; lo consideran como el mas riguroso regalo de novio, la mas linda fineza, el mas delicado homenaje del rendimiento. Siempre proclamará el buen gu to del jóven que lo regala, si ha tenido cuidado de escogerlo entre aquellos que han sido ideados por la rica imaginacion del Sr. Duvelleroy en Paris, y ejecutados bajo su direccion con el lujo deslumbrador que

le han merecido, por decirlo así, el monopolio de esta interesante industria.

Pero si el abanico es hoy el regalo mas precioso, que los caballeros puedan ofrecer al bello sexo, recibiendo la influencia del progreso actual, no se usa ya devolverles por las lindas criaturas que lo reciben, una flor ó cualquier otra friolera de esta clase, sino que, desde que la policia del día deja las calles de Paris casi tan seguras como lo eran en el tiempo de los Cartuches, (1) lo que nos ofrecen las bellas con su pulida y blanca mano es.... un puñal.

No se crea que esto es una broma, podemos asegurar del modo mas positivo, que son infinitos los puñales que se han vendido y regalado en este año del progreso de 1845. Hemos visto algunos lindísimos y cuya punta era tan afilada como la del puñal del mas famoso bandolero. Al cabo viene á ser una joya que puede colocarse al lado de cualquier otra y cuya originalidad por otra parte recordará á nuestros hijos la seguridad de los tiempos presentes.

SONETOS.

EL BAGEL.

Roto el bajel de mi fortuna triste,
de los vientos y el mar juguete incierto,
¿quien ¡ay! te arrebató del salvo puerto,
y así lanzada en tempestad te viste?

No á los silvos del ábrego cediste
por turbias sirtes ó en el polo yerto,
ni en los ricos del libico desierto,
tronchaste el mástil, flámulas perdiste.

Isla mentida en fúlgido celage
te arrastró tras imagen de bonanza
por senda azul á náufrago paraje:

Si á salvarte quizás tu dicta alcanza,
toma en el mal, bajel, eterno anclaje,
y haz en olvido hundir toda esperanza.

EL SOLITARIO.

Á UN RUISEÑOR.

Ruiseñor amoroso, cuyo llanto
no hay roble, á quien no deje enternecido,
¡oh si tu voz cantase mi gemido!
¡oh si gim era mi dolor tu canto!

Esperar mi desvelo osára tanto,
que mereciste, por lo bien sentido
ser escuchado, cuando no creído
de la que es de mi amor hermoso encanto.
¡Cuan mal empleas tu raudal sonoro
cantando al alba, y á las flores beilas!

(1) Este Cartuche era un famoso ladrón que en los tiempos pasados capitaneaba á los foragidos que con sus robos y asesinatos afligian á Paris.

Canta tú, ó ruiseñor, lo que yo lloro,
Acomoda en tu pico mis querellas,
que si las dices á quien tierno adoro,
con tu voz llegarás á las estrellas.

P. Q.

CRÓNICA.

Tenemos entendido que el Viernes de Dolores se cantará en la Iglesia parroquial del Salvador un *Stabat Mater*, compuesto y dirigido por el aventajado maestro y célebre profesor D. Mariano Soriano Fuertes, que creemos corresponderá á la merecida fama de su autor; habiendose prestado á su desempeño gratuitamente todos los individuos que pertenecieron á la capilla de música de la Catedral. Si por algun acaso el Sr. Soriano no pudiese concluir su partitura se cantará el *Stabat Mater* de Hayden.

Sabemos que ya se halla contratada la compañía dramática que ha de actuar en el teatro de esta capital el próximo año cómico. Nos consta que su director D. Pedro Rico no ha perdonado medio ni sacrificio de ninguna especie, en cuanto le han permitido sus fuerzas, para conseguir una compañía capaz de agradar al público. La dama se nos asegura que no lastimará los oídos ni la vista de los espectadores; y el gracioso, segun dicen, es de lo mejor que hay en su cuerda, habiendo estado trabajando como primero en el teatro principal de Cádiz. Entre las primeras funciones se trata de poner „los *Misterios de Madrid*” „la segunda parte de la *Rueda de la fortuna*” y otras del mejor gusto y de las mas modernas.

PREMIOS.

CHARADA.

Yo dije á mi cocinera
Haga V. el postre luego,
Y puso con leche al fuego
Mi primera y mi tercera.

Yo quiero para muger
Una que ademas de hermosa
Tenga tambien otra cosa,
Segunda y *prima* ha de ser.

No ha de ser coqueta necia,
Ni tan dada á pasearse
Que solo sepa adornarse
Con mi *segunda* y mi *tercia*.

Es mi *todo* cierta planta
Que en húmedo sitio crece,
Débil que el viento la mece,
Y dos varas no levanta.

R. P.